

A propósito de las alucinaciones (Febrero 1901)

Daniel Paul Schreber

Sucesos memorables de un enfermo de los nervios (1900-1902).

Edición en español, Madrid: AEN, 2003, Madrid

Se entiende por alucinaciones, a cuanto se me alcanza, las excitaciones nerviosas en virtud de las cuales la persona de constitución nerviosa enferma expuesta a ellas cree percibir las impresiones de ciertos procesos que están aconteciendo en el mundo exterior y a los que se puede acceder a través de sensaciones ópticas y acústicas, pero que de hecho no existen. Al parecer, y a tenor de lo que leo en la *Psiquiatría* de Kraepelin (vol. I, p. 102 de la sexta edición), la ciencia niega en todos los casos de alucinaciones la existencia de un trasfondo real. En mi opinión, esta afirmación es claramente errónea, al menos cuando se la enuncia con una formulación tan universal. Tampoco yo pongo en duda que la mayoría de los objetos y los procesos que se perciben en las alucinaciones sólo existen en la imaginación de quienes las sufren. Así ocurre, sin duda, en los casos que, aunque profano en la materia, conozco de individuos que padecen el *delirium*

tremens, que creen ver hombrecitos o ratoncitos que, por supuesto, no existen en la realidad. Y lo mismo puede admitirse respecto de otras muchas ilusiones ópticas o acústicas mencionadas por Kraepelin (vol. I, pp. 145 y ss. de la sexta edición). Pero pueden oponerse muy graves objeciones a una concepción que me atrevería a calificar de racionalista, por no decir pura y lisamente materialista, en aquellos casos en los que se trata de voces «de origen sobrenatural» (v. Kraepelin, vol. I, p. 117 de la sexta edición). Por lo que hace a mi caso personal, puedo afirmar, por supuesto, con absoluta seguridad que en las pertinentes excitaciones nerviosas entra en juego una causa que actúa desde el exterior. Y de aquí hay ya sólo un paso para admitir, a partir de mis propias experiencias, la probabilidad de que también puede ocurrir, o ha ocurrido, otras muchas veces, es decir, que lo que se tiende a interpretar en otras personas como simples exci-

taciones nerviosas subjetivas (ilusiones de los sentidos, alucinaciones o, dicho con lenguaje profano, vacías quimeras) puede basarse, aunque en una medida incomparablemente más débil que en mi caso, en una causa objetiva o, para decirlo con otras palabras, se deben a la influencia de factores sobrenaturales.

Para hacer más comprensible esta idea, intentaré describir con algún mayor detalle las impresiones ópticas y acústicas que he recibido bajo la modalidad de «voces», «visiones», etc. Insisto una vez más, como ya hice en otro pasaje (Capítulo VI de los *Sucesos memorables*), en que no tengo el más mínimo reparo en admitir que la existencia de un *sistema nervioso enfermizamente excitado* es presupuesto necesario para la aparición de todos estos fenómenos. Las personas que gozan de la dicha de poseer un sistema nervioso equilibrado no pueden tener (al menos como norma)¹ «ilusiones sensoriales», «alucinaciones», «visiones» o como se quieran denominar los procesos correspondientes. Sería, pues, ciertamente deseable que todos los hombres se vieran libres de fenómenos de la índole mencionada. Se sentirían, muy probablemente, en la mayoría de los casos, muchísimo mejor a nivel subjetivo. Pero esto, a cuanto entiendo, de ninguna manera quiere decir que los procesos que se producen a consecuencia de la constitución enfermiza del sistema nervioso carezcan de realidad objetiva, es decir, que deban ser considerados como excitaciones nerviosas no provocadas por una causa exterior. Ésta es precisamente la razón de que yo no comparta la admiración que Kraepelin manifiesta en varios pasajes (p. ej. Vol.

I, pp. 112, 116, 162 y ss. de la sexta edición) acerca del hecho de que las «voces» relacionadas con alucinaciones ópticas y acústicas tengan de ordinario mayor capacidad de convicción que «todo cuanto se diga en su entorno». La persona de nervios sanos está, por así decirlo, ciega, comparada con quienes, a consecuencia de su constitución nerviosa enfermiza, reciben impresiones sobrenaturales. Nunca, por consiguiente, podrá persuadirse al visionario de que sus visiones son irreales, del mismo modo que a quien posee la visión corporal nunca podrá persuadirle un ciego de que no existen los colores, que el azul no es azul, que el rojo no es rojo, etc. Y ya esto dicho, acerca de la naturaleza de las voces que me hablan y de las visiones que se me conceden opino lo siguiente.

Las «voces» se exteriorizan en mí a modo de estímulos nerviosos que, como ya se ha subrayado en los *Sucesos memorables* –con la única excepción de una sola noche, en los primeros días de julio de 1894, Capítulo X, al principio– revisten el carácter de ruidos suavemente susurrantes, parecidos al sonido de ciertas palabras del lenguaje humano. En cuanto a su contenido, y más en concreto en cuanto al ritmo con que se pronuncian, han experimentado las más diversas transformaciones a lo largo de los años. Ya han quedado descritos en los *Sucesos memorables* los aspectos más importantes. Debido a las deficiencias estilísticas de las expresiones que emplean, todas ellas son un puro absurdo, acompañado de una nada desdeñable acumulación de injurias, cuya finalidad única es provocar mi excitación, es decir, quebrar el silencio

Nunca, por consiguiente, podrá persuadirse al visionario de que sus visiones son irreales, del mismo modo que a quien posee la visión corporal nunca podrá persuadirle un ciego de que no existen los colores.

¹Como posible excepción se me ocurren los casos en los que, según los relatos bíblicos, oímos hablar de procesos parecidos a las visiones.

A lo largo de casi siete años, salvo cuando estoy dormido, no he tenido ni un solo instante en que no haya oído voces.

que es a veces indispensable para poder conciliar el sueño. Aunque según Kraepelin (vol. I, p. 116 de la sexta edición), estas voces excitantes pueden ser percibidas por otras personas sujetas a alucinaciones acústicas², en mi caso se registra una circunstancia que, a cuanto entiendo, lo eleva característicamente tan por encima de cualquier fenómeno parecido que no puede trazarse un paralelo entre las excitaciones sensibles que se dan en mí y las alucinaciones que se registran en otros individuos y, por consiguiente, debe concluirse que responden a una causa radicalmente diferente. Asumo, aunque no puedo tener, por supuesto, información detallada, que en las demás personas se trata sólo de voces intermitentes, es decir, que las alucinaciones se presentan interrumpidas por pausas más o menos prolongadas, durante las cuales no se percibe ningún sonido. Pero en mi caso nunca aparece este tipo de pausas en el parloteo de las voces. Desde los inicios de mi vinculación con Dios –con la única excepción de las primeras semanas, durante las cuales junto a tiempos «sacros» había también tiempos «profanos» (v. el Capítulo VI de los *Sucesos memorables*, hacia el final)–, es decir, a lo largo de casi siete años, salvo cuando estoy dormido, no he tenido ni un solo instante en que no haya oído voces. Me

acompañan en todo tiempo y lugar, su sonido no cesa ni siquiera cuando mantengo una conversación con otras personas, siguen su curso sin trabas incluso cuando concentro toda mi atención en otras ocupaciones, por ejemplo, en la lectura de un libro o un periódico, en la interpretación al piano de una pieza de música, etc., aunque, por supuesto, cuando converso en voz alta con otros o hablo en voz alta a solas conmigo, quedan sofocadas por los sonidos, más elevados, de las palabras habladas y, mientras esto dura, no las percibo. Pero la inmediata reanudación de las frases que tengo tan bien conocidas, a veces mediante un sonido cualquiera tomado al azar de la mitad de una de ellas, me permite descubrir que también en estos casos se ha mantenido el hilo de la conversación, es decir, que también mientras estoy hablando en voz alta han persistido las excitaciones sensoriales o las vibraciones nerviosas mediante las cuales se reproducen los sonidos, más débiles, correspondientes a las voces. También la ralentización del ritmo con que se habla, al que ya me he referido en el Capítulo XX de los *Sucesos memorables*, ha ido aumentando desde entonces de una manera que supera todo lo imaginable. Ya se ha indicado antes el motivo: cuanto más crece la voluptuosidad del alma en mi cuerpo

²La información ofrecida por Kraepelin en la p. 116 del vol. I de la sexta edición de su obra, según la cual algunas personas que sufren alucinaciones perciben las voces excitadas como procedentes de gruñidos de cerdos, de gañidos o ladridos de perros, cacareo de gallinas, etc., se apoya, a mi parecer, en el mismo fenómeno que ya he mencionado al final del Capítulo XVII de los *Sucesos memorables* al referirme a la impresión subjetiva de que los vapores de cadenas, los ferrocarriles, etc., al parecer, hablan. Es patente que aquí se trata tan sólo de simples asonancias de otros ruidos exteriores oídos al mismo tiempo que las voces percibidas como excitaciones nerviosas, de tal modo que los ruidos parecen reproducir las palabras pronunciadas por las voces. Este fenómeno es, al menos en mi caso, completamente diferente de las voces de las aves, del Sol, etc., pues éstos hablan *realmente*, al menos conmigo.

—una voluptuosidad en rápida y permanente ascensión como consecuencia de la afluencia persistente e ininterrumpida de nervios divinos— tanto más lentamente tienen que hablar las voces para poder salvar, con las frases³ pobres y reiterativas de que se dispone, las gigantescas distancias que existen entre mi cuerpo y los puntos de partida. El cuchicheo de las voces puede compararse ahora sobre todo con el siseo que produce la arena de un reloj cuando se desliza de un recipiente al otro. Casi nunca alcanzo a distinguir palabras enteras aisladas o sólo cuando pongo en ello la máxima concentración. Por supuesto, no dedico a esta tarea ni el más pequeño esfuerzo; muy al contrario, busco el modo de ignorar del mejor modo posible lo que se dice. No puedo ciertamente evitar que, cuando percibo algunas palabras del material de frases que tengo tan bien conocido, surja espontáneamente el recuerdo de lo que sigue y he escuchado miles de veces. Y entonces, «el pensamiento involuntario del recuerdo», como se denomina en el lenguaje de las almas este fenómeno, provoca a continuación una vibración de mis nervios para llevar a su término la frase iniciada. Por otro lado, la desmesurada ralentización del ritmo que, al principio, y durante mucho tiempo, me provocaba un aumento de la exas-

peración nerviosa (v. el Capítulo XVI de los *Sucesos memorables*) me produce ahora una sensación de alivio más o menos perceptible. Cuando oía las voces —y me veía obligado a oírlas, aunque no quisiera— el retraso, a veces de varios segundos, hasta la reanudación esperada me resultaba enormemente penoso. Pero una vez que, en los últimos tiempos, esta ralentización ha ido en aumento, hasta el punto de que, como ya se ha dicho, las voces han degenerado en una especie de cuchicheo ininteligible, me he acostumbrado, cuando no estoy dedicado a alguna ocupación que sofoca por sí misma el sonido de las voces (como tocar el piano, leer, escribir, etc.) a *contar* simplemente, en el lenguaje de los nervios, 1, 2, 3, 4, etc., creándome así pausas del pensamiento (el llamado no pensar en nada). De este modo alcanzo al menos *el éxito* de que, en adelante, las injurias tienen que ser pronunciadas de tal modo que suenen claramente en mis oídos espirituales y puedo entonces dejar tranquilamente que se repitan dentro de mis nervios con la frecuencia que se quiera. Las injurias que en estos casos suelen venir a continuación son tan groseras que me resisto a confiarlas al papel. Quien se sienta interesado, puede encontrarlas en muchos de mis apuntes dispersos. Cuando, mediante este recurso, las «voces interiores» se ven reducidas al silencio, resuenan en mis oídos, a consecuencia del acercamiento —de nuevo necesario— de los rayos, pero ahora *procedentes del exterior*, toda suerte de palabras, surgidas de las gargantas de las aves que me hablan. Su contenido me resulta, por supuesto, indiferente. Se comprenderá fácilmente que —tras una costumbre tolerada durante

El cuchicheo de las voces puede compararse ahora sobre todo con el siseo que produce la arena de un reloj cuando se desliza de un recipiente al otro.

³«Si Vd. no hubiera perpetrado un asesinato del alma»; «ha llegado el momento de que él esté bien ablandado»; «pretende haber sido presidente de Sala»; «¿no se avergüenza Vd.?» (*scil.* ante su esposa); «¿por qué no lo dice Vd.?», (*scil.* en voz alta); «¿habla Vd.?» (*scil.* *Lenguas extranjeras*); «pues era de hecho» (*scil.* Según la concepción de las almas), etc.

muchos años— no me sienta ofendido porque un pájaro, al que tal vez acabo de arrojar algo de comida, me diga (o mejor dicho, me susurre): «¿no se avergüenza Vd.?» (ante su esposa), o cosas parecidas. Hay en lo dicho una brillante confirmación de la sentencia de que todo contrasentido, llevado al absurdo, acaba por alcanzar un grado en el que se elimina a sí mismo, una verdad que el dios inferior (Arimán) solía expresar con mucha frecuencia, desde hace años, bajo la fórmula «todo contrasentido se anula a sí mismo».

Al igual que los *estímulos auditivos* (voces, alucinaciones sonoras), también los *estímulos ópticos* tienen en mí, si no del todo sí al menos de una manera bastante aproximada, *carácter permanente*. Veo con los ojos del espíritu los rayos portadores de las voces y también, y a la vez, del veneno de los cadáveres que descargan en mi cuerpo, como largos filamentos que desde lugares situados a inmensas distancias, más allá del horizonte, confluyen sobre mi cabeza. *Sólo* mis ojos espirituales pueden percibirlos cuando, a consecuencia de algún milagro, se me cierran los ojos, o los cierro yo por mi propia voluntad, es decir, se reflejan luego, bajo la forma indicada, sobre mi sistema nervioso a modo de hilos que llamean en dirección a mi cabeza. Percibo también este mismo fenómeno, y de esta misma manera, con mis ojos *corporales* cuando los mantengo abiertos, es decir, veo aquellos filamentos procedentes de uno o de varios lugares más allá del horizonte, que ora se dirigen hacia mi cabeza ora se alejan de ella. Cada movimiento de retirada está acompañado de una sensación dolorosa en mi cabeza, claramente per-

ceptible y a veces muy aguda. Los filamentos que se me introducen en la cabeza —y que son, al mismo tiempo, portadores de las voces— describen luego en torno a ella un movimiento circular cuya mejor comparación es como si me ahuecaran desde dentro el cráneo con un taladro.

No es difícil imaginar que las sensaciones asociadas a estos procesos pueden llegar a ser muy desagradables. De todas formas, los dolores corporales tienen —al menos por ahora y desde ya muchos años— una importancia secundaria. En el tema de los dolores físicos, el hombre puede acostumbrarse a muchas cosas que a quien experimenta estos fenómenos en su cuerpo por vez primera pueden antojársele sobremodera terroríficos y poco menos que insoportables. Así me ha ocurrido, al menos en estos últimos tiempos, con los dolores corporales, de los que no me encuentro enteramente libre ni un solo día y que aparecen con total regularidad alternando con situaciones de voluptuosidad, aunque casi nunca son tan lacerantes que me impidan dedicarme a algún tipo de ocupación intelectual, a amenas conversaciones con otros hombres y a cosas semejantes. Mucho más molestas me resultan las situaciones de aullido que se producen como fenómenos concomitantes habituales de la retirada de los rayos, en primer lugar porque considero naturalmente indigno que, a consecuencia de milagros practicados en mí, tenga que aullar como un animal salvaje y, en segundo lugar, porque los aullidos, cuando se repiten durante mucho tiempo, provocan sacudidas de cabeza muy desagradables y en cierto modo dolorosas. Y, con todo,

No es difícil imaginar que las sensaciones asociadas a estos procesos pueden llegar a ser muy desagradables.

me veo en ciertas ocasiones obligado a emitir aullidos, siempre que no sobrepasen un cierto nivel, más en concreto por las noches, cuando no puedo recurrir, o sólo en muy escasa medida, a los recursos adecuados de defensa, tales como hablar en voz alta, tocar el piano y cosas de este género. Aullar me proporciona la ventaja de que todo cuanto se pronuncia dentro de mi cabeza es sofocado por el estrépito de los aullidos, de modo que al cabo de poco se registra de nuevo una reunificación de todos los rayos que a veces lleva a conciliar de nuevo el sueño o, cuando menos, me permite permanecer acostado en la cama, en un estado físico muy placentero, cuando por la mañana temprano se acerca la hora de levantarse pero todavía no puedo pasar a mi cuarto contiguo debido a las indispensables tareas de ventilación, limpieza, etc. que deben llevarse a cabo.

En todos los puntos debo orientarme de acuerdo con la *idea de la finalidad*, concepto que, al parecer, los rayos son incapaces de comprender, pero infinitamente importante para los hombres, es decir, debo preguntarme a cada instante: ¿Quieres ahora dormir, o al menos descansar, o dedicarte a alguna ocupación intelectual o ejercer alguna función corporal, como por ejemplo evacuar el vientre? Para alcanzar cualquier objetivo necesito de ordinario una unión de todos los rayos, incluso para evacuar, porque como ya he mencionado con anterioridad (al final del Capítulo XX de los *Sucesos memorables*), aunque se habla muy a menudo de «c...», cada vez que se debe producir de hecho una evacuación se intenta suprimir, mediante milagros, este impulso a evacuar debido a

la voluptuosidad del alma que produce la satisfacción de esta necesidad. De ahí que cuando llega el momento de dormir, de evacuar, etc., debo soportar algunas veces ciertas molestias pasajeras, como el aullido y otras parecidas, para poder alcanzar el objetivo concreto perseguido, necesario, por lo demás, para el bienestar físico general. En concreto, el mejor recurso de que en el momento actual dispongo para llevar a cabo la evacuación que se intenta impedir mediante milagros es sentarme en el cubo delante del piano y ponerme a tocar hasta que consigo primero orinar y luego –aunque en general con cierto esfuerzo– también evacuar. Por increíble que todo esto pueda parecer, es la pura verdad. Al tocar el piano logro, en efecto, una nueva aproximación de los rayos que intentaban alejarse de mí y doblego la resistencia opuesta a mis esfuerzos por liberar el vientre.

En el capítulo de los *fenómenos ópticos* (alucinaciones ópticas) puedo añadir aquí algunos puntos interesantes. Debo comenzar por señalar que todos los estragos producidos por los rayos que llamean en torno a mi cabeza y que proceden, al parecer, del Sol o de otros numerosos astros distantes, no llegan hasta mí siguiendo una línea recta sino describiendo una especie de curva o parábola, algo así como, en las carreras de los romanos, los carros contendientes rodeaban la meta o como en cierta modalidad del juego de bolos, en la que la bola, atada a una cuerda, es lanzada primero en torno a una estaca antes de intentar derribar el bolo central. Veo claramente en mi cabeza (y, si mantengo los ojos abiertos, también en el cielo) esta curva o parábola. Así pues,

Aullar me proporciona la ventaja de que todo cuanto se pronuncia dentro de mi cabeza es sofocado por el estrépito de los aullidos.

los filamentos que actúan como portadores de las voces, aunque parecen proceder del Sol, al menos en parte, no avanzan de ordinario desde la dirección en que aparece el Sol en el firmamento, sino desde una dirección más o menos opuesta. Creo que puedo establecer una conexión con la «sujeción de los rayos a las Tierras» mencionada con anterioridad (en el Capítulo IX de los *Sucesos memorables*). La aproximación directa de los rayos debe ser contenida, o al menos retardada, mediante un afianzamiento mecánico, porque de lo contrario, y como consecuencia de la capacidad de atracción de mis nervios, desde mucho tiempo atrás ya desmesurada, los rayos se precipitarían sobre mí e inundarían mi cuerpo con tal exhuberancia que crearían una permanente voluptuosidad del alma, o dicho de otra manera, que ni el mismo Dios podría mantenerse en el cielo. Aparecen aquí –en los últimos tiempos a intervalos relativamente más cortos– claros puntos luminosos en mi cabeza y también, si mantengo los ojos abiertos, en el cielo. Se trata de aquel fenómeno que ya antes (en el Capítulo VII, nota 44, de los *Sucesos memorables*) designé como Sol de Ormuz, porque opinaba entonces que los puntos brillantes debían considerarse como efectos reflejos de algún astro concreto situado a una inmensa distancia que, precisamente a consecuencia de esta gigantesca lejanía, asumía para la capacidad visual humana, y al igual que acontece con las estrellas, la forma de un minúsculo disco luminoso. Tras las innumerables observaciones de este mismo género que he seguido realizando en el curso de los últimos años, me inclino ahora por modificar un tanto aquella concepción.

Creo que ahora puedo admitir que los puntos luminosos son una parte de los rayos desligados de la masa total de los nervios del dios superior (Ormuz) que, tras haberse agotado los filamentos de rayos *impuros* cargados con veneno de cadáveres, fueron catapultados hacia mí como rayos divinos puros. Apoyo esta opinión en el hecho de que casi siempre percibo estos puntos luminosos al mismo tiempo que las llamadas de auxilio que aparecen bajo la modalidad de *impresión acústica*, de modo que debo admitir que son estos mismos rayos o nervios del dios superior, que, en virtud de su pureza, aparecen ante la mirada como impresiones luminosas, quienes lanzan estas llamadas de auxilio cuando se encuentran en una situación angustiosa. Que se trata de los nervios del dios superior es cuestión sobre la que no tengo la menor duda, por una serie de razones cuya exposición detallada exigiría mucho más espacio. También creo ahora haber dado con una explicación satisfactoria del hecho de que sea yo sólo, y no otras personas, quien percibe estas llamadas de auxilio (v. el Capítulo XV de los *Sucesos memorables*). Se trata probablemente del mismo fenómeno que se produce cuando se habla por teléfono, es decir, los filamentos de los rayos dirigidos a mi cabeza actúan al modo de los hilos telefónicos, de modo que sólo yo percibo el efecto sonoro, no demasiado fuerte, de las llamadas de auxilio, lanzadas al parecer desde una considerable distancia, del mismo modo que sólo puede oír lo que se dice por teléfono a través del aparato la persona que tiene el auricular, pero ninguna otra, aunque se halle en el mismo lugar de origen o destino de la comunicación.

Los filamentos de los rayos dirigidos a mi cabeza actúan al modo de los hilos telefónicos, de modo que sólo yo percibo el efecto sonoro, no demasiado fuerte, de las llamadas de auxilio, lanzadas al parecer desde una considerable distancia.